

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

En Teruel, un mes.	1 peseta
Tres meses.	2,50,
Fuera.—Tres meses.	
» —Seis meses.	3,50
» —Un año.	6,50
Pago anticipado.	
	12

LA ANTORCHA,

PERIÓDICO REPUBLICANO-DEMOCRÁTICO.

(ÓRGANO DE LA COALICIÓN.)

ADMINISTRACIÓN.

Calle de Sta. Maria número 13, á donde se dirigirá toda la correspondencia.
Anuncios y reclamos á precios convencionales
Puntos de suscripción.—En la Administración y en la imprenta de este periódico.

SE PUBLICA LOS JUEVES Y DOMINGOS.

Divagaciones.

La vida es una serie de alternativas de cuyo principio y fin no podemos darnos exacta cuenta. Porque cada sér es producto de otro sér, y de esto resulta que cada existencia es irremisiblemente continuación de otra existencia.

¿Cuándo empieza? ¿Cuándo acaba?

¿Empieza al nacer? ¿Acaba al morir?

Los panteístas dicen una cosa, los monoteístas sostienen otra.

¿A qué atenernos?

Sócrates tal vez resolvió el problema, lo cual le valió que se le condenara á tragar la cicuta, como á los perros la bola.

Verdad es que murió como un mártir, rodeado de sus discípulos, con la enérgica tranquilidad de la convicción y el entusiasmo de la idea, sin que en su última hora ofreciera el horrible espectáculo de los efectos de la estrignina; pero sus jueces le consideraron, al formular su fallo, tan peligroso como los séres mas naturalmente predispuestos á la hidrofobia.

Mas la afirmación de Sócrates no era bastante á destruir la negación de sus enemigos, como la verdad astronómica de Galileo, la mecánica de Arquímedes y la física de Newton, y quedó subsistente la duda.

Un malogrado publicista, amigo mio, apellidado Ramirez, de cuya suerte se ocupó la prensa de Madrid, y particularmente «La Iberia», escribió en cierta ocasión en el album de una dama de la aristocracia:

¡Solamente el dolor es infinito!

El desdichado autor de «La culebra en el pecho» quiso condensar en esta frase toda la desesperación de su desdicha.

Yo, menos desdichado que él entonces y mirando las cosas de la vida bajo otro aspecto, no sé si mas real ó mas ficticio, quise enmendarle la plana cuando me tocó el turno de complacer á la caprichosa aristócrata, y escribí en la página siguiente:

Solamente la duda es infinita.

Como no me atrevo á sentenciar en causa propia, dejo al arbitrio del lector el decidir cual de los dos estaba mas en lo firme.

Porque si el dolor acaba donde empieza el placer, también la duda acaba donde empieza la creencia, como la tristeza donde empieza la alegría, el llanto donde empieza la risa, y así sucesivamente todos los movimientos del ánimo que se realizan en nuestro sér por razón de nuestra existencia.

Pero si cada sér es producto de otro sér, y por lo mismo cada existencia es continuación de otra existencia, natural es que al tratar de la extensión de los movimientos que se realizan en nuestro sér por razón de nuestra existencia, vengamos á parar á las premisas sentadas respecto al principio y fin de la vida.

¿Dónde acaba el dolor?

¿Dónde acaba la duda?

Reconozco que en lugar de la citada frase, debiera haber escrito en el album de la aristócrata dama:

La pequeñez del hombre es infinita.

Porque ni siquiera alcanza á penetrar en lo menos recóndito de su existencia.

Uno de nuestros poetas mas populares, don Francisco de Quevedo, dijo:

«Todos muriendo en lágrimas vivimos,

Desde que en el nacer todos lloramos.»

Que es un equivalente de la vulgarizada lamentación:

Este mundo es un valle de lágrimas.

Y esto se disgrega tanto de la realidad como el extremo opuesto de Sardanápalo que fundaba la vida en los placeres materiales y sentó como axioma:

Vivir es gozar.

Larra en el paroxismo de la pasión impura que le arastró al suicidio, exclamó:

«Mi vida es una cadena de males que toca á su último eslabón.»

Por lo cual se le pudiera juzgar por un desventurado neófito de la escuela del príncipe asirio que se acaba de mencionar.

Con la particularidad que Figaro con todo su talento quizá cometió una insigne torpeza al limitar la cadena de sus males.

¿Puede el geómetra determinar la extensión de la línea?

Pues menos lo era posible á Figaro precisar el último eslabón de las desdichas que le arrancaron aquel quejido.

Porque si cada existencia es irremisiblemente continuación de otra existencia, los elementos constitutivos de la una se han de transmitir á la otra.

Pero como todo en la vida se relaciona, sucede aquello de que cada uno cuenta de la feria según le va en ella.

Por esto cada uno de por sí la considera de distinto modo y la ama ó la aborrece, ó se concreta á transigir con ella por pura necesidad, según el aspecto bajo el cual cada uno de por sí la mira, por razón de las dulzuras ó las amarguras que le ofrece.

Por esto mientras unos la tienen por una carga pesada, otros la tienen por una lijera carga de la cual sienten desprenderse.

Los primeros la maldicen, los otros la bendicen, y hay algunos que ni siquiera se cuidan de bendecirla ni maldecirla, porque la soportan con indiferencia, sin que falten los que se amoldan con resignación á sus miserias, aunque, en honor de la verdad, éstos son los menos.

De ahí el que mientras que unos entonan elegías de amor é idilios de ventura, otros exhalan ayes de tristeza, ó lanzan gemidos de angustia, gritos de desesperación, lamentos de dolor y quejidos de agonía, en que van envueltos todas las emociones, todos los latidos, las convulsiones todas de la vida.

Notas que se confunden, y acompañadas del balido del cordero y el rugido de la fiera, del grito lúgubre del buho y las deliciosas armonías del ruiseñor, van á perderse, en alas del blando céfiro ó del furioso soplo del huracán, en el espacio infinito, para acumularse en los misteriosos senos de la eternidad, donde tienen su asiento los gérmenes de la universal existencia.

Y abrasada por una atmósfera candente, ó bañada en vigorizador rocío, resbala la vida aprisionada en el inmenso cauce de sus inquebrantables leyes y rodeada de arcanos que nunca acaba de penetrar el hombre.

La variedad de formas en que se desenvuelve y desarrolla se unifica en el centro común de voluntad eterna, como las distintas corrientes que por diversos caminos surcan la superficie de la tierra y se unen y confunden en la inmensidad de los mares.

Las alternativas ó transiciones de la vida en la Humanidad, se hallan marcadas en la historia.

Sus rasgos característicos se encuentran en

los monumentos arqueológicos, como las pirámides de Egipto, las pagodas de la India, las mezquitas del Oriente, los coloseos y las catacumbas de Roma etc., y en los grandes poemas, principiando por los cantos órficos y acabando por «El Paraíso perdido» de Milton, «La Moïada» de Klopstock, «La divina comedia» del Dante, el «Fausto» de Goethe, la «Jerusalem liberada» del Tasso, «La Araucana» de Ercilla, el «Childe Harold» de Byron, «El Diablo mundo» de Espronceda.

Después de todo y cansado de divagar en lo que me permite el corto espacio que me facilita las columnas de un periódico, me fijo en mí mismo, y al sentir circular la sangre en mis venas, reproducirse los latidos en mi corazón y bullir las ideas en mi cerebro, me pregunto: ¿Qué es la vida?

Y buscando una solución consoladora al intrincado problema, mi atribulada mente se posa en la sublime producción de Calderón de la Barca, y en las profundas reflexiones de Segismundo solo consigo encontrar una contestación desconsoladora.

Mas no por esto he de ser tan insensato que me empeñe en hacerme víctima de mi humana soberbia.

Nunca la suerte se ha mostrado propicia conmigo; he apurado á grandes tragos la copa de la amargura que me ha tocado en lote en el misterioso sorteo de la vida; pero he procurado dulcificar el acibar en cuanto me ha sido posible amparándome en los brazos de la mas bienhechora filosofía, y en los más acerbos momentos he elevado una mirada al infinito, exclamando con el mártir:

«Bienaventurados los que sufren, porque de ellos será el reino de los cielos.»

Más al llegar aquí, me inturrupe los pitos y las sonajas de los chiquillos, que hieren mis tímpanos y repercuten en todo mi sér, cual sangriento sarcasmo á mi exclamación dirigido.

La imagen no puede ser para mí mas triste, ni la comparación producir una deducción menos halagadora.

Ellos, que entran en la vida; yo, que me miro próximo á emprender el viaje para salir de ella....

Per o ¿he de oponerme á lo que al hombre no le es dado evitar? Sé que he de pagar el general tributo, y espero el día con la conciencia tranquila, el ánimo sereno y la mente llena de ilusiones, apesar de todas mis desdichas.

Entretanto no quiero decir con el poeta,

Que «me divierto en arrancar del pecho

Mi pobre corazón pedazos hecho.»

Prefiero ocultar mis penas bajo el afligranado crespón de mi forzada risa, y puesto que los pitos y las sonajas de los chiquillos nos llaman á la feria.... ¡vamos á la feria!

JUAN JUSTO UGUET.

Amores madrileños.

Carta que un pollo romántico, muy jovencito y muy lila, escribe á su primer novia, que es una chica... divina.

¡Ingrata! ayer pasó el día sin asomarte al balcón:
¡que ingratitud tan impia!
¡no ves que la pena mía no cabe en mi corazón?

Alma de mi alma querida:
si no tengo más placer
que amarte más que á mi vida,
sé al menos agradecida
si amante no quieres ser.

No dejes que en mi tortura
llegue este fuego á abrasarme.
¡Consuelo, por mi amargura!
Que no tengo más ventura
que la que tú quieras darme.

Si pudieras comprender
la amargura de mi pena,
calmáras mi padecer:
¡Si ingrata no puedes ser
siendo tan bella y tan buena!

¡Ah! ¡Porqué en locos instantes
tiernos tus labios y amantes
«te quiero mucho» dijeron,
si luego ya no cumplieron
lo que prometieron antes?

«¡Te quiero!» ¡Ay! el goce intenso
que al escucharlo sentí,
fué tan grande, tan inmenso,
que desde entónces ya pienso
que no hay goces para mí.

Aun en mi alma clava espinas
aquel recuerdo querido.
Consuelo ¡que ingrata has sido!
me hablas de amor, me fascinas
y ahora me das al olvido.

¡El olvido! ¡Por piedad,
Consuelo! si aquél «te quiero»
de tus labios fué verdad,
no tengas la crueldad
de olvidarme, que me muero.

Y si fué un afan mentido
de caprichosos antojos,
antes de darme al olvido,
dí que nunca me has querido
y márame con los ojos.

« > »

Contestación que á la carta
de este romántico lila
escribe Consuelo, que es....
muy realista y muy *corrida*.

Si ayer no salí al balcón,
no es porque te olvido ingrata,
que es tuyo mi corazón:
fué por falta de una bata
digna de nuestra pasión.

Ya ves: no puedo salir
á adorarte casi en cueros;
y eso que te iba á decir
ayer más de mil «te quiero»
de esos que hacen derretir.

Estaba en paños menores,
desnuda como las flores....
no tengo ropa ¡que apuros!
Oye; mándame diez duros
por bien de nuestros amores.

Verás cuanto te he de amar
con bata de raso chino....
¡Diez, quince ó veinte.... y la mar!
¡No me los has de mandar
siendo tan guapo y tan fino...?

Dispensa esta ligereza;
puesto que hemos de intimar
al fin.... buena es la franqueza:
necesito y pido, empieza
tu por quererme y... mandar.

Por lo demás no te olvido;
mi amor es grande y sincero
como el del ave á su nido:
no olvides tu mi vestido,
y quíereme.... que te quiero.

Lord Plaojar.

Un pensamiento

Cuando se interpone la cariñosa escitación de un simpático amigo, como lo es D. Martín Piñango, para que emitamos un pensamiento, ó desarrollemos una idea cualquiera, por más que sea breve y compendiosa; al vernos compelidos á complacerle, muy de buen grado, sentimos sin embargo un gran vacío, temerosos, como lo estamos, de dejar debraudadas nuestras esperanzas. Y es evidente que así suceda, porque á un pobre anciano le está vedado penetrar en el terreno donde bullen hervientes imaginaciones, como la del señor Piñango, que con tanta maestría como lujo de engalanadas frases y estilo correcto, saben amenizar sus bellos ideales, en una forma elegante, y ciertamente envidiable. Mi distinguido amigo no ha pensa-

do que el caduco cerebro de un octogenario, muerto ya para el mundo, no queda otra cosa que vagos recuerdos de su antigua profesión. Por otra parte, ¿bajo qué bases, bajo qué punto de vista puede discurrir el que es viejo en su oficio, y cuya vida toda la consagró desde su niñez á la honrosa profesión de las armas? Nada, absolutamente nada que no tienda á ocuparse constantemente de ella, teniendo el mal gusto de exhibirse siempre en el mismo terreno, sin variante de ningún género. Además, para el que no es militar, para el que no siente lo que vale el sacrificio que se impone el hombre que abraza esta noble carrera, es causarle hastio hablarle de rudas emociones en combates sangrientos, del estruendo y retumbar de las armas, de estragos horribles, y del cuadro que se dibuja en los campos de batalla al poner término á la lucha. Poesía militar, que nada tiene de dulce y armoniosa, se podrá decir, pero que se ajusta al gusto de los hombres de guerra, y se encomia por narradores entusiastas de sus hechos gloriosos, más tarde transmitidos al lienzo de la celebridad aunque recargados de masas de color para que produzcan mayor efecto y en su forma plástica resulte de mayor interés la composición.

Pero volviendo sobre nuestras ideas, nos sentimos compelidos, mal que nos pese, á repetir con insistencia que nuestra tarea siempre tendría á ser inútil, y estériles nuestros esfuerzos, sin saber qué decir, por más que pretendamos hablar en otro sentido no militar.

Semblanza.

Muchas veces en esos momentos supremos de amagar una tormenta, en esos periodos de grandes tribulaciones, en los que la naturaleza parece prepararse contra sí mismo; cuando el cielo se oscurece cubierto de negros y apiñados crespones, y se oye zumbir violento el bramido del huracán, y roncós y estridentes truenos alternan vivamente con la deslumbradora y siniestra luz del relámpago, y se rasgan las densas cortinas de aquel rojo y negruzco celaje para dejar paso al rayo instantáneo que se precipita en zigzag sobre la tierra, y arrecia el rugido de la tempestad, abriéndose las cataratas del cielo para arrojar torrentes de agua, que todo lo inundan y arrastran tras sí, y oscila y trépida el suelo bajo nuestras plantas en violentas convulsiones, y sacudidas, y revueltos torbellinos elevan masas de arena en grandes pirámides que á su vez se desploman, la agitación crece, pareciendo llegar el fin postrero de cuanto existe. Entónces, y cuando el hombre prosternado ante Dios le pide misericordia, se vé ceder la batalla reñida de los elementos, y aparecer el arco dióptrico de paz que fortalece el alma y ensancha y dilata el corazón comprimido. Los estragos producidos por la tormenta se hacen perceptibles á nuestra vista en confuso desorden, y el ánimo se abate sensiblemente. Imagen viva de la naturaleza en sus trastornos es el hombre que se revuelve airado y en continua lucha armándose y agrupándose en grandes colectividades, que pugnan á su vez para destruirse también, dejando huellas sangrientas que señalan su paso.

Pero mientras sigue en perpétua lucha la humanidad, y los trastornos físicos de la naturaleza se suceden de continuo, no advertimos que también existe un ser de paz, que es la mujer santa que se eleva por sí misma, llegando á dominar la soberbia del hombre con su ejemplar virtud.

La monja de la caridad, ese dechado de perfección fortalecida por la religión cristiana, asume el valor heróico que supera en mucho al que ostenta el hombre; entraña más energía en el corazón, y guiada por nobles sentimientos deja de pertenecerse á sí misma por su inquebrantable voluntad, reservada únicamente en favor del desvalido y del que sufre amarguras en el mundo. No la intimidan, en su santo propósito, los riesgos y penalidades que ha de sufrir. De su misma debilidad obtiene recursos para ser fuerte. ¡Sublime figura de perseverancia y de heroísmo, la vereis en los asilos de mendicidad, en los hospitales, y allí donde es preciso contar con su fé ardiente! Infatigable en su misión, contemplad su abnegación y su resuelta aptitud en los pueblos epidemiados y en los ejércitos, á los que concurra para ejercitar sus piadosas obras, en favor del que sufre, y sin arredrarle el peligro, ni la presencia del fiero soldado, que la respeta por su caritativa virtud. Las hijas de la caridad, son la antítesis del hombre turbulento; pero no se acobardan en circunstancias y condiciones como las que hemos procurado describir. Sus puros corazones vigorizan sus débiles esfuerzos, porque del Eterno reciben su gracia y fortaleza.

Hé aquí, en el condensado, un pensamiento que facilita medios al hábil escritor para hacer la apología

de la mujer fuerte, dedicada al alivio de sus semejantes, y que en vez de la destrucción ostenta el símbolo benéfico de la caridad.

Teruel 27 Mayo 1887.

FRANCISCO GARVAYO.

Seguidillas.

Tiene espinas la rosa
Y se codicia,
Y la berza sin ellas
Vá á la inmundicia:
Place, y es justo,
Más que un necio meloso,
Un sabio adusto.

Quien se paga del traje
¡Oh cuánto yerra!
Nada hay que más engañe
Sobre la tierra:
Ruda corteza
Protege de los cedros
La gentileza.
Tiene, en cambio, el beleño
Corteza fina,
Y al que gusta su jugo
Presto asesina:
Sin las pasiones,
De los hombres se juzga
Por las acciones.

X.

Compadezco al enfermo crónico que arrastra una vida sin momento tranquilo; compadezco al que perdió su fortuna en honradas empresas y á quien luego el mundo colmó de improperios; compadezco..... á ninguno tanto como al que solo quiso á una mujer.

R. F. ALEGRE.

Muy disgustada, Teodora,
Con tu hija querida estás;
¡Ha jugado con su primo,
Y le ha causado algun mal?

Fuera penas, te aconseja
Un amigo de verdad.
¡Recuerda lo que tu hacías
Cuando tenías su edad!....

JUAN J. FRUTOS SANCHEZ.

Si me dicen que en las fériás próximas los bailes que den nuestras sociedades, estarán concurridos y á más de concurridos animados (que no siempre la mucha gente supone animación) nada me cogerá de sorpresa, atendida la época en que estamos. Los pechos rebosando pasión, vitalidad, ó como se quiera llamar, tendrán su natural desbordamiento, mientras se desliza suavemente el pié por la tersa alfombra. Las almas que giran solas, encontrarán sus compañeras, y cogidas del brazo de un modo amigable, quizá excesivo, recorrerán el óvalo que traza la ruta de la danza.

Poderosa influencia de la primavera en el organismo humano.

R. D. DEL CASTILAR.

Cuanto más avanzo en la carrera del vivir, más temo la fuerza irresistible de la que llaman brutal materia.

CASIMIRO T. DEBRÓS.

La gente de mucha edad se divide en dos clases: ancianos cuya cabellera toma el nombre de canas y viejos cuya cabellera nunca pierde el nombre de pelo. Todos los pájaros deben tomar parte en el cántico de la libertad humana.

Si pienso en mí cuando estudio á los hombres no es por egoísmo, es porque soy el hombre que tengo más á mano.

El único egoísta que me place, es el que dice: no hay madre como mi madre, ni hija como mi hija, ni patria como mi patria.

ANTONIO DE TRUEBA.

Ha dicho cierto autor anónimo, que el amor y la hermosura son inseparables. ¡Á cuántas bellas conozco que tienen el corazón de pedernal!

S. E.

El alma de los brutos.

Es la materia inerte y, por ende, incapaz de determinarse por sí misma ni á la quietud ni al movimiento: un cuerpo en reposo, en reposo quedará perpetuamente, si una fuerza extraña no lo mueve, y, una vez determinado al movimiento, permanecerá siempre en ese estado, si el roce de la materia en que se mueve no le privará poco á poco de la fuerza que á moverse le impulsó.

Es también insensible la materia, porque envuelven contradicción la sensibilidad y la inercia. En los brutos se observa, por el contrario, cierta espontaneidad é intrínseca determinación al movimiento y al reposo, sin que necesiten el impulso de fuerzas extrañas para determinarse al movimiento ó volver á la quietud. Una constante observación nos asegura que los brutos tienen sensaciones, agradables las unas y desagradables las otras, no siendo necesario un gran estudio para distinguir si el animal goza ó padece. Por esto, aunque siente descortes que los brutos son puras máquinas movidas por la divina voluntad, debemos atribuirles algo distinto de la materia, ó sea un alma simple capaz de sentir y apetecer.

También es simple el alma humana y capaz de sentir y de querer, sin que por esto deje de existir transcendental diferencia entre el alma sensitiva de los brutos y el alma espiritual de los humanos.

El bruto percibe las sensaciones que en su sér se verifican, bien procedan de fenómenos interiores, bien reconozcan su causa en los objetos externos que se ofrecen al sentido; pero, como la sensación no pasa nunca de un hecho particular y concreto, el bruto no se eleva ni al conocimiento de las causas ni al de las leyes que rigen el mundo de la materia. Lo universal y lo abstracto se halla muy lejos del alcance de lo que pudiera llamarse el entendimiento de los brutos, y siéndole vedados esa clase de conocimientos, claro es que su alma no está dotada de razón, porque en todo raciocinio se encuentran verdades universales bien como punto de partida, bien como fin de la jornada. El raciocinio nos lleva de las verdades conocidas al conocimiento de las verdades anteriormente ignoradas, y todo sér dotado de esta utilísima facultad es un ser de entendimiento progresivo y capaz del más grande desarrollo.

Una experiencia constante, por nadie hasta ahora desmentida, nos asegura que los brutos no progresan. Los trinos del primitivo ruiseñor no eran en melodía inferiores á los trinos de los ruiseñores actuales; las aves en todos los tiempos han construido sus nidos con la misma perfección; las laboriosas é inteligentes abejas nada han añadido desde que principiaron á ser á sus dulces cuantos hermosos panales, ni el pastor ha perfeccionado sus antiguas casas de dos puertas ni sus fuertes estacadas en las orillas del río. Hoy los unos y los otros hacen lo mismo que hicieron sus antecesores más remotos, sin cambiar el menor de los detalles para que la obra sirva mejor á su fin. Nada nuevo ha inventado la paloma para librarse del milano; nada nuevo conoce la liebre para evitar las garras del águila y nada nuevo han inventado las ovejas para burlar las asechanzas y certeros golpes del lobo. Pero, si las víctimas se hallan á la misma altura que sus padres en los medios de defensa, nada tampoco han adelantado los verdugos respecto á los medios de ataque. ¿Será por falta de estímulo y de necesidad verdadera? La víctima, si quiere vivir, necesita burlar al verdugo y el verdugo está destinado á la muerte, si no consigue el sacrificio de la víctima. Si los brutos fueran capaces de progreso, los unos habrían perfeccionado los medios de ataque y los otros los medios de defensa.

La presencia del instrumento más rudimentario es para los inteligentes indicio del paso del hombre. El bruto no construye instrumentos ni sabe hacer uso de aquellos que tiene á su alcance. Mostradme el pueblo más inculto, los hombres de inteligencia más supina, la tribu más atrasada, y yo os mostraré sus instrumentos de pesca y sus útiles de caza, la escala de palo ó cuerda con que suben á los árboles, las armas con que atacan y se defienden de otras tribus, la canoa con que se trasladan á la otra orilla del gran río y el hacha de pedernal con que rajan los troncos que destinan á la hoguera. Decídmeme, por el contrario, cuáles son los animales que consideráis de inteligencia más superior, y os haré ver que no hacen uso de instrumentos ni de otras armas que aquellas con que quiso dotarles la pródiga naturaleza.

Todo esto consiste en que los brutos no conocen la relación de los medios con el fin.

Si colgais un trozo de carne colocando debajo una silla, el perro, inspirado por su voraz apetito, subirá sobre la silla y alcanzará el trozo de carne; lo que

significa que el bruto aprovecha el medio cuando lo encuentra adecuadamente preparado; pero apartad la silla algún tanto de la carne de modo que el perro necesite aproximarla; el bruto se contentará con mirar y remirar el objeto apetecido; manifestará con brincos, saltos y ladridos que se consideraría feliz con alcanzar aquella carne; fácil le sería coger la silla con la boca y colocarla de manera que le sirviera de medio eficaz; pero es bien seguro que no ha de intentar mover la silla de su sitio, no porque el estímulo falte ó sea la operación materialmente imposible, sino porque no ha podido comprender la relación del medio con el fin.

Si ese mismo perro siente el frío, procurará, de seguro, ponerse cerca del fuego; pero ni le ocurrirá encender, aunque disponga de todo lo necesario, ni fomentará la hoguera que se extingue, echando la leña seca que se encuentra en el hogar.

El asno, el mulo, el caballo, acosados del calor ó ostigados por la mosca, emprenderán á buen paso el camino de la cuadra; si la puerta está cerrada, empujarán con la cabeza; pero es seguro que nunca levantarán el picaporte aunque cien veces hayan visto practicar esa misma operación.

El bruto, pues, ni progresa ni conoce las relaciones del medio con el fin ni es inventor del instrumento; y todo esto demuestra que su alma, aunque simple y con propiedades muy superiores á las que tiene la materia, no es capaz de raciocinio. El alma, pues, de los brutos no es un alma dotada de razón y entendimiento á semejanza del espíritu del hombre.

Este aprende más de día en día; de la observación de los hechos pasa al conocimiento de las causas y á la averiguación de las leyes que rigen en la materia; de lo particular y concreto se eleva á lo universal y á lo abstracto abstrayendo deferencias, y de lo universal y lo abstracto desciende á lo particular y concreto conservando semejanzas. Unas veces por análisis y otras por síntesis pasa de lo conocido á lo desconocido descubriendo la parte en el todo ó formando el todo con las partes. Con el raciocinio averigua la relación de los medios con el fin, y lo que se escapa al animal más astuto, los conoce el niño de más corto entendimiento. Conocida la relación de los medios con el fin, inventa y hace uso de los instrumentos, rudos y toscos en su origen y perfectísimos después. Cada nueva verdad, cada nueva relación que descubre, le facilita el descubrimiento de otras mil verdades y de otro millón de relaciones. Si bien es cierto que la ciencia transcendental le está vedada en esta vida, por medio de la razón puede llegar á una altura de nadie hasta el presente soñada; si es metafísicamente imposible que el hombre comprenda lo absoluto no por eso deja de tener el humano entendimiento un campo tan dilatado, que solo la divina inteligencia puede marcarle el *non plus ultra*.—P. A.

A LEONARDO.

(FRAGMENTO.)

¿Qué importan al peregrino
Las nécias murmuraciones
Ni las falsas aprensiones
De los que halla en su camino?

Vá hacia el término dichoso
De su marcha fatigosa,
Y ni vé ni oye otra cosa
Que el punto de su reposo.

Caminante sois también
De la vida en el desierto....
Camináis con paso cierto
Si vais con prudencia al bien.

UNA MUJER.

De cada cien melancólicos que os encontréis en la vida, noventa y nueve son unos olgazanes de marca.

SILVIO.

En la interminable cadena de la existencia los séres y las cosas están enlazadas por eslabones de tal entidad, que al suprimir uno de ellos no puede menos de destruirse la armoniosa creación.

Y sinó, pensad: ¿Qué queda de Dios ante los mortales, en el momento de destruir la idea de Justicia?

AURELIO BENITO.

Es cosa probada: todo partidario del matrimonio á quién la insultante ógica de los presupuestos let

obliga á seguir la caritativa, pero triste máxima de que, *para que dos lo pasen mal preferible es que lo pase mal uno solo*, adopta siempre una de estas dos situaciones; ó la de novio crónico con exacerbaciones, que algunas ventajas reporta, ó la de amigo universal, que si no satisface por lo menos consuela.

B.

Respetemos á la mujer como destinada á regenerar la sociedad en virtud del influjo que ejerce en la educación moral del hombre, debida á ella exclusivamente. Sin frecuentar cátedras ni academias, su misión en el mundo, le revela todas las ciencias que necesita, desde la higiene que preserva de enfermedades el cuerpo de su hijo, hasta la moral que preserva del pecado su alma. Ella despierta los sentimientos de piedad, de compasión, de ternura, de delicadeza, de todo lo grande y de todo lo bueno que se abriga en nuestro pecho.

El hombre que por desdicha suya no ha tenido la educación de una madre, aparece frío, duro é impasible, á causa de haberle faltado una mano cariñosa que diera vida á esas manifestaciones del espíritu.

D. COLOMES.

Mas, infinitamente más grande es el acto del jefe de redacción de LA ANTORCHA con poner á mi disposición las columnas de dicho periódico, que el mio al aceptarlas. Antes no lo hice, por razones que no son del caso citar; pero hoy que el número es exclusivamente literario, siento verdadera satisfacción en complacerle y aun auxiliarme en la confección.

Mi humilde ofrenda es:

QUE USTEDES SE DIVIERTAN.

En la feria, se entiende.

Ya la tenemos aquí otra vez tan simpática, tan bulluciosa como de costumbre. Todos ó casi todos pensábamos que decaería con eso del estado sanitario. Pero ¡quién!

Se conoce que las gentes han dicho con el fanfarrón del cuento.—¿Hay viruela? ¡Que *larga!* y olvidando los males pasajeros, aceptan el bien presente, por más que también sea pasajero.

El sitio aquel que en todo el año tuvimos olvidado, ahora es el de moda. *El ferial* se impone, y al cabo de doce meses le agasajamos siete días.

Algo es algo, y en este tiempo quien quiera encontrar á la novia ó al amigo solo allí dará con ellos.

Comienza el oleaje; poco á poco van llegando los vecinos pacíficos, y los trashumantes de que no hay pequeño número, se establece en el recorrido de los establecimientos de *joyas* de á real y medio, y los pudientes (vecinos ellos) compran lo que han estado aguardando un año, y que á fuerza de desearlo se ha hecho más interesante que una novela de Fernández y González, ponga por caso.

Luego se van á casa, lo enseñan á los niños, lo rompen, y hay aquello de oír á los papás momentos después del suceso:

—Mire V. D.^a Restituta, si piensa comprar algo en la caseta del Sr. Secundino, no lo haga, porque este año trae unas cosas muy *frágiles*.

—Vamos, si, como su niña de V., contesta el otro por lo bajo.

Jesús que polvo. Es cosa que no se puede resistir, y claro, como venimos *secos* de los toros (porque no hubo cañas) es imposible pasear.... Ahora riegan.... ¡Gracias á Dios! Respiremos, y oiganos la banda.—¿Han variado las novedades del año pasado?—De fijo.

A quien más preocupa la llegada de la feria, y puede decirse que los únicos que la ven con sentimiento, son los jóvenes enamorados que están en el caso ineludible de obsequiar á sus futuras costillas.

Cuando los amigos se reúnen, es frecuente oír diálogos como este:

—¿Qué le vas á comprar á tu novia este año?

—¿Yó? Lo que el pasado.... un pito para le silbe á mamá. ¿Y tú?

—Una pelota automática.

Nota.—Las pelotas de este nombre son de papel, y cuestan cinco céntimos.

Manolito Rodajas se vió ayer en el compromiso de acompañar á ella con una porción de familia que ha venido del mismo Allepúz. Se acercaron á una tienda y de pronto Manolito cayó en el suelo cuan largo era.

—¡Hijo mio! dijo una de las acompañantas ¿Qué le pasa á V?

—Nada señora, replicó el muchacho como si volviera en sí; que...que me dan á lo mejor aquí unas cosas (tenía las manos en los bolsillos del chaleco) que...yo no sé...

—Eso será un flato. Y mientras así decían lo pusieron en pie, le sacudieron el polvo de la americana que estrenó aquel día, y lo enviaron á casa.

Es seguro que al distinguido jóven Sr. Rodajas no se le verá por la feria hasta...mediados de Junio.

Por la noche no faltó quien preguntase por él en el baile del Casino, y la suegra con tierna solicitud contestaba á todos:

—Mire V., yo lo atribuyo á que esta mañana se ha dado un atracón de gachas de Villel, hechas por una cuñada mia que se pinta sola para eso de la harina de panizo, y á la fuerza se le tienen que haber indigestado.

No hay duda, lo de Manolito fué una indigestión.

Las chicas que por sí mismas se dibujan los paños que han de bordar, se proveerán como todos los años del cuaderno *El Capricho*, en las tiendas de á real y medio.

Sin duda alguna estos establecimientos son la providencia de las familias, por la razón sencillísima que hacia constar un amigo mio, vago de profesión, y que por «hacer que hacia» buscaba el por qué de todas las cosas:

—La economía doméstica se impone. Desde que se llevan los polisones tan amplios, ha habido que suprimir la mar de gastos en las familias.

Quizá tenga razón, pero no es menos verdad que hoy que se vive tan de prisa y caminamos tan de corrido, las tiendas de á real y medio son verdaderamente indispensables. Se dan casos en que por el precio fijo establecido se encuentra una verdadera ganga. Escuchad lo que gritaba uno de sus dependientes el año pasado:

—¡Al barato, caballeros! ¡Al barato! ¿Quién por real y medio no quiere un reloj de níquel con cadena, y todo, que en cualquier casa de empeño dan por él cinco duros?

De fijo que en la plaza de toros los días de la corrida no cabrá ni una alma más, y á fé que me alegro, no solo porque el forastero se divierta, sino en interés de los empresarios ya que tan generosos se han mostrado desde un principio.

En esta época muchas plumas que estuvieron ocultas largo tiempo saldrán á luz. Los chicos aficionados á estas cosas, ó como si dijéramos literatos de barrera, afilan ya sus lápices para enviar las crónicas mas acabadas á los periódicos locales y aun de Valencia, Zaragoza ó Madrid. Por cierto que pasan con ellos cosas bastante peregrinas; no parece sino que no saben dar material á la imprenta mas que desde lo contra-valla. Todo el año voy pidiendo un artículo á uno de estos sujetos para cierta publicación y ¡que si quieres!...Pero no dejará de poner al público al corriente de nuestras fiestas taurinas y aun remitirán apremiantes telegramas á *La Nueva Lidia*.

Bien que sobre gustos nada se ha escrito.

Entretanto esperemos la llegada de *La gran vida*, que por cierto buena falta hace.

¿Es mala la que llevamos? Averigüelo Vargas.

Temo pecar de indiscreto y por lo tanto hoy me veo precisado á guardar la mayor reserva sobre el asunto.

Únicamente se puede decir á los lectores que interés que ha despertado su estreno es grandísimo, y que de seguro aquella noche estará concurrido nuestro teatro.

A estas fechas la obra es posible que esté recibiendo los últimos ensayos.

Llego ya al final de estas cuartillas, y al retirarme por el foro todo lo modestamente que soy capaz, siento una comezon grandísima y hasta si se quiere remordimiento por no haber hecho el sabio durante algunos minutos.

Hoy que hasta Cañete habla del *esquileo* (ciencia que se ocupa de todo lo referente á Esquilo, según ciertas eminencias académicas) no tengo perdón de Dios.

Sin embargo allá vá en recompensa (ó en castigo) una frasecita que me ha *salido* en este momento.

En la inalterable vida de una capital de tercer orden, las ferias son el oasis de la monotonía.

¿Qué tál?

A divertirse, caballeros.

M. Piñango.

Las primeras violetas.

¿Porqué me diste esas flores?

¿Por aliviar mis dolores?

¿Por calmar mi frenesí?

¿Por esperanza de amores?

¿Porqué me las diste, di?

Guardan un mundo escondido en su aroma delicado, como si hubieran nacido de algún suspiro perdido en tu aliento perfumado.

Recuerdos de algún dolor ó de una dicha despojos, se adivina en su color el contacto abrasador de tus bellos labios rojos.

Quizá las acariciaste soñando alguna ventura tal vez de pena lloraste y con tu llanto inundaste sus pétalos de dulzura.

Algo tienen que al mirarlas turba mi tranquila calma, algo que me hace adorarlas y en mis labios al besarlas poner en el beso el alma.

¿Qué tienen, que no hay como ellas flores que encanten así?

¿Les has dicho algo de mí, ó es que solo son más bellas porque han sido tuyas, di?

MARCIAL RIOS.

No es más sábio el más letrado, sino el que menos yerra.

Más yerra un gran sábio que un buen herrador.

Si me dieran á elegir entre todos los officiosos procuradores que tiene el hombre sobre la tierra, preferiría únicamente á Dios.

Si loable es pelear contra la ignorancia, más lo es y de mayor valía el combatir sin descanso al error.

El libro más moderno y más corriente, el que con menos hojas muestra mejor (hasta hoy) toda opinión, es el periódico cotidiano.

Que el hombre camina á su perfección, tiende á lo

bueno, y se inclina á la rectitud, lo prueba evidentemente ese espontáneo deseo y constante empeño de todo espíritu sano al querer enderezar con su primer vistazo cualquiera torcimiento, y en el mismo momento en que lo percibe.

Si cada 50 años se rebajara el nivel del piso de Teruel solo tres metros, hasta que su mayor elevación sobre el puente de San Francisco llegara á ser doble, bastaría tal marcha insensible para mejorar sus entradas y salidas sin grave perjuicio de tercero, y al cabo de mucho tiempo.

Siendo infinita ó sea sin término la bondad de Dios, y absoluta ó sea sin condición alguna; error impío que desaparecerá es el creer que tenga fin en el tiempo ni en el espacio. ¡Adios! Infierno.

De todos cuantos pasajeros van viajando sobre el tren de la vida, ninguno sabe mejor de donde viene y á donde va, ni donde está, sino aquel que en su conciencia es bueno.

Pocos científicos pretenden andar por el aire, pues ya saben que realmente se está andando por él, como la tierra camina por la inmensidad del espacio, y mal puede pretenderse lo que ya realmente se tiene.

El que quiera llegar presto,
Al final de su jornada,
Que use de gran rectitud,
Y no haga grandes paradas.

Más sencillo es el poder penetrar en las entrañas de la tierra que en las de uno mismo.

Tan precisa es para la vida una fé racional, como el comer, beber y arder.

Lucas Pastor.

En nuestro buen deseo por dar á este número la mayor variedad posible, solicitamos de varias señoritas, su siempre amena cooperación, y ante la imposibilidad de ayudarnos en la empresa por las razones que apuntan, consignámoslas á continuación, seguros de que, dada su natural condescendencia, no concitaremos su enojo, y de que nuestros lectores han de agradecerlos quizá en mayor escala de lo que nos propusimos.

Las contestaciones dicen así:
Sr. Director de LA ANTORCHA.—Quien tan lejos como yo está de concebir una idea, mal puede enviarla para su inserción en LA ANTORCHA. Pidame V. el corazón y entonces... Eso ya lo tiene más disponible. Su incondicional servidora..... M. B.

Otra con la misma dirección.—Por no saber escribir, ni las cartas á mi novio ¡figúrese V. que á este le contesta mi hermanal!... Esperando sus órdenes.... T. P.

Otra con id. id.—El concepto excesivamente lisonjero que formó V. de mí, le indujo á pedirme algún pensamiento para el número extraordinario. Prometo enviárselo á V. así que estén bastante crecidos unos que tengo en los tiestos del balcón.—De V. suya.... M. G.

Otra con id. id.—De no conocer á los hombres, quizá hubiera cometido la inocencia de remitir algo para LA ANTORCHA, y así quizás diera gusto á algun caballere de esa redacción que hace tiempo tiene mucho interés por ser dueño de algunos renglones de mi puño y letra; pero yo que aunque jóven, *he sido tambor de marina*, quiero evitar la sorpresa á tiempo.—Perdone la osadía á su afectísima..... R. S.

Otra con id. id.—¿Es verdad que escribiendo para el público se vuelve una más hermosa? En caso afirmativo cuente de hoy en adelante con la pobre colaboración de su S. S..... P. D.